

ha de ocupar la práctica musical en la determinación de nuestra comprensión de la naturaleza de la música. El énfasis en la importancia de los aspectos performativos y su relevancia para las cuestiones del reconocimiento y valoración de la práctica

musical son, sin duda, dos de las virtudes de la propuesta que se nos presenta en esta obra.

María José Alcaraz León
(Universidad de Murcia)

<http://dx.doi.org/10.6018/daimon/277171>

SEARLE, John R.: *Seeing Things as They Are: A Theory of Perception*. New York, Oxford University Press, 2015, 240 pp.

John R. Searle acaba de publicar su último libro y eso es algo para celebrar, por tratarse de uno de los filósofos más influyentes de las últimas décadas debido a sus aportaciones a la filosofía del lenguaje y a la filosofía de la mente. Su carrera despegó en 1969 cuando publicó su conocido libro *Speech Acts: An Essay in the Philosophy of Language*. Con el paso del tiempo Searle se acercó a la filosofía de la mente, interés que quedó plasmado en 1983 al publicar su obra *Intentionality: An Essay in the Philosophy of Mind*. El propósito de dicha obra –como señala él mismo en la introducción– era dar un fundamento a sus dos libros anteriores (*Speech Acts* y *Expression and Meaning* de 1979) y, a la vez, establecer ciertas bases para futuras investigaciones sobre esos temas (Searle, 1983, vii). Tiempo después, y en esa misma línea, el actual profesor de la Universidad de California en Berkeley dio a conocer su teoría de la mente al publicar en 1992 *The Rediscovery of the Mind*. Desde entonces Searle ha publicado una decena de libros que en su mayoría siguen la línea de la filosofía del lenguaje y la filosofía de la mente, entre otras cosas porque asume que aquélla es “una rama” de ésta (Searle, 1983, vii).

En su último libro, *Seeing Things as They Are: A Theory of Perception*, el pro-

fesor Searle desarrolla una teoría de la percepción que se centra en la visión o, como él señala, en la “consciencia visual”, y que trata principalmente “de la relación entre el campo visual subjetivo y el campo visual objetivo” (p. 4). Esto se debe a que, para el autor, “la mayor preocupación” de la filosofía occidental durante los tres siglos posteriores a Descartes fue la relación entre la experiencia perceptual y el mundo real. Considera, sin embargo, que las respuestas que desde entonces dio la epistemología a esta cuestión han sido erróneas; por ello su libro tiene como propósito central solucionar esos errores y presentar a la vez “una explicación más adecuada de la relación entre la experiencia perceptual y los objetos de nuestras percepciones” (p. 4). Debo señalar que *Seeing Things as They Are* es, de hecho, una continuación de lo argumentado por Searle en el capítulo dos, “The Intentionality of Perception”, de su libro *Intentionality* (1983); por consiguiente, lo que propone el autor en este libro tiene como fundamento tanto su teoría de la intencionalidad como su teoría de la mente. Se trata entonces de un libro nuevo pero que en realidad retoma, y busca perfeccionar, la teoría de la percepción planteada por Searle hace ya tres décadas.

La estructura del libro está conformada por ocho capítulos, divididos en varios apartados, y dos apéndices al capítulo primero. El primer capítulo es fundamental para la propuesta searleana, lleva por título “The Bad Argument: One of the Biggest Mistakes in Philosophy in the Past Several Centuries” y trata sobre lo que el autor considera un error central en la filosofía moderna, y que él mismo ha denominado “Dualismo conceptual” (Searle, 1992, 26 ss). Dicho dualismo no es otra cosa que el problema de la relación entre nuestras experiencias perceptuales y el mundo externo, que para Searle ha llevado a confusiones epistemológicas perjudiciales para la filosofía: “Un error de gran magnitud abrumó nuestra tradición desde el siglo diecisiete, y es el error de suponer que nunca percibimos directamente objetos y estados de cosas en el mundo, sino que sólo percibimos directamente nuestras experiencias subjetivas.” (p. 11). Searle defiende una posición llamada “realismo directo” que sostiene que hay percepción directa del mundo. Esta postura se opone a la concepción representacionista, también llamada “realismo representativo”, que rechaza la posibilidad de un conocimiento directo, cierto y objetivo del mundo, porque la considera perjudicial al haber marcado negativamente la historia de la epistemología moderna. Lo anterior porque –para Searle– el representacionismo parte de una “premisa falsa”, a saber, “pensar que las únicas cosas a las que uno tiene acceso perceptual son las propias experiencias subjetivas” (p. 94), lo que lleva al problema, de hecho irresoluble, de cómo estar seguro de tener conocimiento de la existencia de un mundo externo. Precisamente por esto último es por lo que Searle se da a la tarea de caracterizar el representacionismo con un argumento, que estructura en seis pasos (pp. 22-23) y que nombra “el mal argumento”; con él pretende

mostrar, a pesar de que reconoce su carácter “penetrante” y “extremadamente influyente”, que la postura representacionista es epistemológicamente errónea porque se basa en un juego de palabras que deriva en una “falacia de ambigüedad”, por el uso equívoco que hace de las expresiones inglesas “darse cuenta de” y “consciente de”. Para Searle, la importancia de su planteamiento radica en que de ser cierta su hipótesis del ‘mal argumento’, es decir, de ser verdad que el representacionismo ha propiciado errores epistemológicos respecto al conocimiento directo del mundo, entonces el ‘realismo directo’ resultaría verdadero (p. 81).

El capítulo primero tiene, como señalé, dos apéndices. El primero proporciona un resumen de su teoría de la intencionalidad (entendida como “esa característica de la mente por la que es dirigida *hacia*, o *acerca de*, o *a* objetos y estados de cosas en el mundo” [p. 13]) y señala algunos de los errores más comunes en relación a la misma. Por otro lado, el segundo apéndice tiene como objetivo definir, caracterizar y plantear algunos problemas en torno a la consciencia en general, y a la “percepción consciente” en particular.

El segundo capítulo del libro se titula “The Intentionality of Perceptual Experiences”. Este capítulo parte de la idea de que hay dos fenómenos en la situación perceptual consciente: los “ontológicamente subjetivos” (experiencias perceptuales conscientes en la cabeza) y “los estados ontológicamente objetivos de cosas y objetos percibidos en el mundo” (fuera de la cabeza). Para Searle, si uno entiende equivocadamente que “la experiencia es una presentación intencional directa del estado de cosas” (p. 52), es probable que se piense que sólo hay una cosa presente en la situación perceptual, ya sea el estado de cosas percibido o la experiencia perceptual misma. En relación a esto,

Searle arguye que “los grandes filósofos de Descartes a Kant pensaron que el objeto de la percepción es la experiencia subjetiva misma” (p. 52); por eso, ofrece en este capítulo una “teoría intencionalista de la percepción”, con la que busca dar claridad sobre la intencionalidad de las experiencias perceptuales y con ello solucionar “muchos” de los problemas filosóficos.

El capítulo tercero está estrechamente vinculado con el primero, por eso se titula “Further Developments of the Argument Against the Bad Argument”. Su objetivo es dar una serie de ejemplos, a partir de textos clásicos y recientes, con el propósito de “llenar” los huecos que han dejado los argumentos contra el “realismo directo”, fundados –en opinión del autor– en la mencionada “falacia de ambigüedad”. Los autores y obras que retoma Searle para ejemplificar y contrarrestar el ‘mal argumento’ y su ramificación en el “argumento de la ilusión” son, entre otros, Berkeley (*Dialogues*), Hume (*Treatise*), A. J. Ayer (*The Foundations of Empirical Knowledge*), Byrne y Logue (*Disjunctivism. Contemporary Readings*), Shakespeare (*Macbeth*) y Kant (*KRV*).

Los capítulos cuarto y quinto son los centrales del libro. El capítulo cuarto consta de doce apartados y se titula “How Perceptual Intentionality Works, Part One: Basic Features, Causation, and Intentional Content”, mientras que el quinto consta de ocho y lleva por título “How Perceptual Intentionality Works, Part Two: Extending the Analysis to Non-basic Features”; si bien ambos tratan sobre el mismo asunto fueron divididos en dos para que cada uno analice diversos aspectos. El propio Searle señala que el objetivo de los dos capítulos es “explicar, al menos parcialmente, cómo la fenomenología de la experiencia perceptual, especialmente visual, establece condiciones de satisfacción” (p. 100). En otras

palabras, lo que se pretende en esas páginas es explicar cómo “la sensación bruta [raw]” de la experiencia determina lo que uno cree que está percibiendo; para desarrollar esto el norteamericano parte de que la ontología de la experiencia perceptual es subjetiva, por depender de los propios órganos y generar contenido intencional, y esa ontología tiene que estar internamente relacionada con las características ontológicamente objetivas del mundo que constituyen las condiciones de satisfacción (para lo cual analiza la “fenomenología bruta” con el propósito de mostrar que hay una “relación sistemática” o “conexión interna” entre la experiencia y las propiedades del objeto percibido).

El sexto capítulo, “Disjunctivism”, trata el caso de las alucinaciones (entendidas como experiencias visuales con contenido intencional pero sin objeto intencional [p. 17]) por considerarlas una herramienta importante al analizar la ‘percepción consciente’, ya que su estudio permite “separar la experiencia perceptual ontológicamente subjetiva del estado ontológicamente objetivo de las cosas percibidas” (p. 163). Para Searle, si no se llevara a cabo tal distinción no se podría explicar la biología básica de la experiencia perceptual, esto es, la intencionalidad consciente en el cerebro del perceptor y las relaciones causales entre dicha intencionalidad y el estado de cosas percibido. El autor, pues, indaga en este capítulo sobre la fenomenología de la alucinación, buscando distinguir claramente (de ahí que se hable de ‘disyuntivismo’) la experiencia verídica de la no verídica, es decir, los “buenos casos” (reales) de los “malos casos” (alucinatorios). Aunque el capítulo presenta una breve contextualización del disyuntivismo –rechazado por Searle como “un punto de vista falso” por no deslindarse del ‘mal argumento’– su objetivo principal no es dilucidarlo (considerando que hay

diversas posturas), sino más bien mostrar argumentos y réplicas en torno a él.

El siguiente capítulo, “Unconscious perception”, es el más breve del libro y aborda el tema de la percepción desde un enfoque distinto al de los capítulos anteriores, ya que en éstos Searle se había centrado en la ‘percepción consciente’ mientras que en éste se enfoca en la ‘inconsciente’. Lo anterior es –en opinión del autor– una respuesta a la opinión de muchos filósofos y psicólogos contemporáneos que consideran que lo importante es la percepción inconsciente, puesto que los procesos mentales humanos más relevantes no son los conscientes sino los inconscientes. Si bien Searle se centra en la percepción inconsciente también aborda otro tipo de fenómenos psicológicos inconscientes, como la visión ciega, la disposición potencial, es decir, cuando la acción es iniciada antes de que el agente sea consciente de lo que está haciendo, los reflejos, etc.

El octavo y último capítulo, “Classical Theories of Perception”, analiza algunas teorías de la percepción del periodo moderno. Hay que reconocerle al autor que aborde la historia de la filosofía (pese a que considera que puede llegar a ser aburrida, véase p. 80) para rastrear en ella los antecedentes de su propuesta; sin embargo, como lo que busca en las teorías de la modernidad es el llamado “mal argumento” algunas de sus interpretaciones son –considero– superficiales y erróneas. Es el caso de su interés por el dualismo sustancial cartesiano, presente a lo largo del libro, sobre el que hace hincapié pero sin darle ninguna importancia a la noción o “idea primitiva” (que no es un idea clara y distinta del entendimiento) de unidad o interacción mente-cuerpo, postulada por Descartes en su tratado *Las pasiones del alma*. Esta interacción sustancial resulta

fundamental para distinguir el análisis metafísico de las sustancias de la noción moral de persona, lo cual es importante para entender correctamente la propuesta filosófica del francés. De igual manera su interpretación de Berkeley es poco precisa, pues señala que para el irlandés las ideas perceptuales que se tienen de un objeto nunca pueden asemejarse al objeto mismo, porque éste “es completamente invisible y por lo demás inaccesible a los sentidos. No hay forma de que las ideas que percibimos puedan asemejarse [...] a las características reales de los objetos porque los objetos son, por definición, inaccesibles a nuestros sentidos” (p. 225). Dado que Berkeley no afirma en ningún lugar que los objetos sean “inaccesibles” a los sentidos, ni tampoco se desprende de su filosofía que el objeto mismo sea “invisible”, la lectura de Searle del inmaterialismo berkeleyano resulta –como dije– poco precisa; sin embargo, y pese a que algunas de las afirmaciones hechas por el autor son cuestionables, este último capítulo es interesante para conocer mejor los antecedentes, fundamentos y orígenes modernos de la propuesta searleana de la percepción.

El libro *Seeing Things as They Are: A Theory of Perception* es sin duda muy recomendable, pues se aproxima con nuevos argumentos al problema de la percepción, específicamente al problema de la relación entre la mente, la percepción y el objeto percibido; con su nueva obra Searle intenta clarificar y solucionar dicho problema y con ello zanjar, al menos hasta donde sea posible, la ya clásica contraposición entre ‘realismo directo’ y ‘representacionismo’.

Alberto Luis López
(Universidad Nacional Autónoma de México)